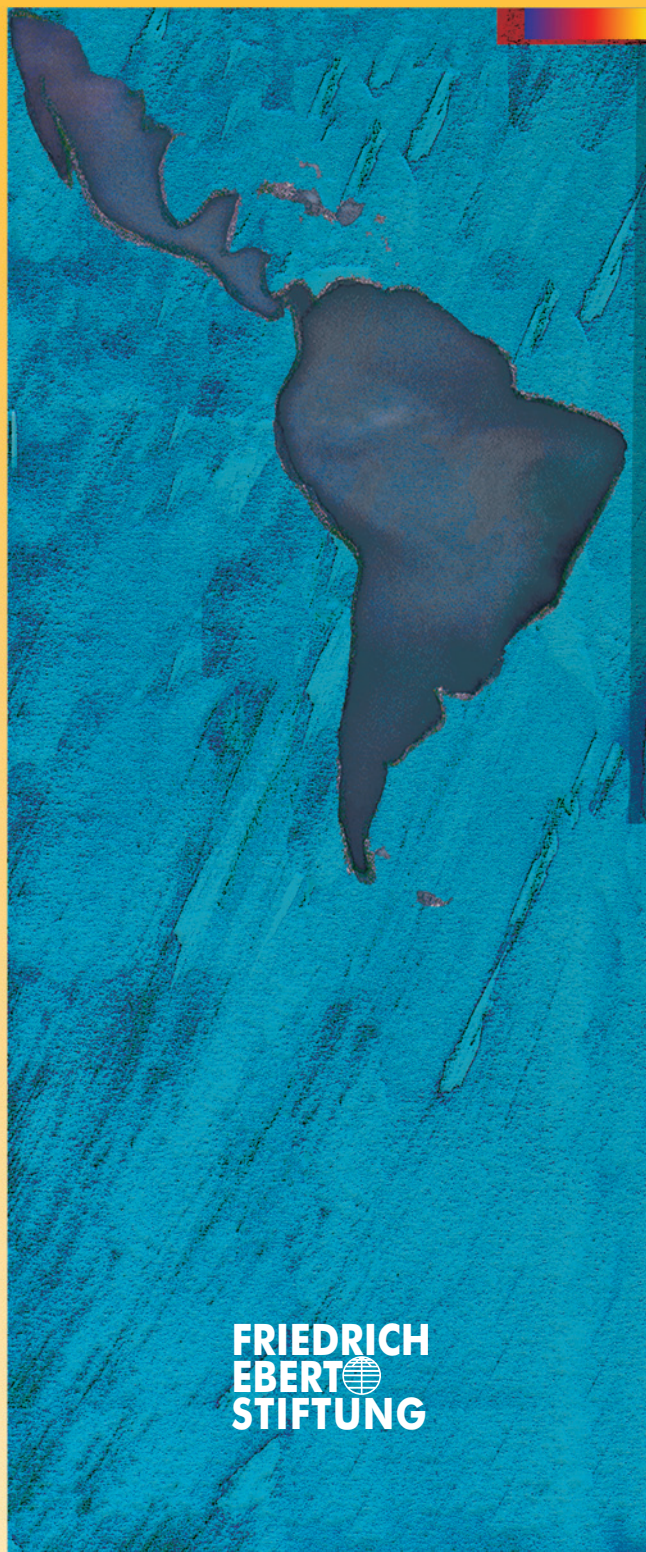


Sindicalismo internacional. La hora de los cambios

MICHAEL SOMMER
VÍCTOR BÁEZ MOSQUEIRA
ARTUR HENRIQUE



Sindicalismo internacional. La hora de los cambios	MICHAEL SOMMER, VÍCTOR BÁEZ MOSQUEIRA ARTUR HENRIQUE
Solidaridad en tiempos de crisis económica	ANNELIE BUNTENBACH, DAVID BEGG, ERICH FOGELAR, AGNES JONGERUS, WANJA LUNDBY-WEDIN, YANNIS PANAGOPOULOS, JOÃO PROENÇA, JAROSLAV ZAVADIL
Saliendo de la crisis: hacia un modelo de crecimiento más equitativo y sostenible	JOHN EVANS DAVID COATS
Hacia un fortalecimiento de derechos laborales en el trabajo de hogar: algunas experiencias de América Latina	MARY ROSARIA GOLDSMITH CONNELLY ROSARIO BAPTISTA CANEDO ARIEL FERRARI, MARÍA CELIA VENCE
Las directrices de la OCDE para empresas multinacionales en América Latina: experiencias, aprendizajes y propuestas desde la perspectiva sindical	ÁLVARO ORSATTI HILDA SÁNCHEZ
Responsabilidad social empresarial: Perspectivas jurídicas para estrategias sindicales	ÓSCAR ERMIDA URIARTE GUILLERMO GIANIBELLI ÁLVARO ORSATTI
Los acuerdos marco internacionales: posibilidades y límites de un nuevo instrumento de la política sindical internacional	TORSTEN MÜLLER HANS-WOLFGANG PLATZER STEFAN RÜB
Sindicalismo latinoamericano y política de género	DIDICE GODINHO DELGADO
Movimiento sindical-gobiernos progresistas: Un primer balance en la región	GONZALO MARTNER / ÓSCAR ERMIDA URIARTE / FERNANDO PORTA / CARLOS BIANCO / RENATO MARTINS
La perspectiva de género en la dimensión sociolaboral de los acuerdos de asociación	DIDICE GODINHO DELGADO PAOLA CAPELLIN
Caminos para incluir la dimensión sociolaboral en acuerdos de asociación: el ejemplo UE-Mercosur	ÓSCAR ERMIDA URIARTE HUGO BARRETO GHIONE OCTAVIO C. RACCIATTI
La Coordinadora de Centrales Sindicales del Cono Sur. Un actor con mirada regional en el Mercosur	NATALIA CARRAU
América Latina y Caribe: los acuerdos marco en la estrategia de las federaciones sindicales internacionales (FSI) ante las empresas multinacionales	ÁLVARO ORSATTI
Sindicalismo y género. Experiencias y desafíos de la Central Única de Trabajadores de Brasil	DIDICE GODINHO DELGADO
Cómo puede enfrentar el sindicalismo a las empresas multinacionales	KJELD JAKOBSEN
El sindicalismo bajo el gobierno de Lula	REINER RADERMACHER / WALDELI MELLEIRO
El sindicalismo mexicano: entre la marginación y la recomposición	SVENJA BLANKE
La importancia estratégica de la Plataforma Laboral de las Américas	JULIO GODIO
Los acuerdos de asociación entre América Latina y la Unión Europea: el papel del movimiento sindical	ÁLVARO PADRÓN CARRAU MARIA SÍLVIA PORTELA DE CASTRO
El sindicalismo frente al Mercosur	
La política laboral de los gobiernos progresistas	ÓSCAR ERMIDA URIARTE
¿Hacia una nueva arquitectura sindical en América Latina?	ACHIM WACHENDORFER
Da promessa integradora à insegurança sócio-econômica	ADALBERTO MOREIRA CARDOSO

Sindicalismo internacional. La hora de los cambios

MICHAEL SOMMER
VÍCTOR BÁEZ MOSQUEIRA
ARTUR HENRIQUE



julio 2012

A N Á L I S I S Y P R O P U E S T A S

Michael Sommer

Presidente de la Confederación Sindical Internacional (CSI) y presidente de la Confederación de Sindicatos Alemanes (DGB, por su nombre en alemán).

Víctor Báez Mosqueira

Secretario General de la Confederación Sindical de Trabajadores/as de las Américas (CSA).

Artur Henrique

Presidente nacional de la Central Única de los Trabajadores (CUT).

Friedrich-Ebert-Stiftung
Simone Reperger (editor)
Representación en Uruguay
Plaza Cagancha 1145, piso 8
Casilla 10578, Suc. Pluna
e-mail: fesur@fesur.org.uy
<http://www.fesur.org.uy>
<http://www.fes-sindical.org>

Tels.: [+598] 2902 2938 / 39 / 40

Fax: [+598] 2902 2941

Corrección: María Lila Ltaif

Traducción del documento de Artur Henrique: Sara Daitch

Traducción del documento de Michael Sommer: Dieter Schonebohm

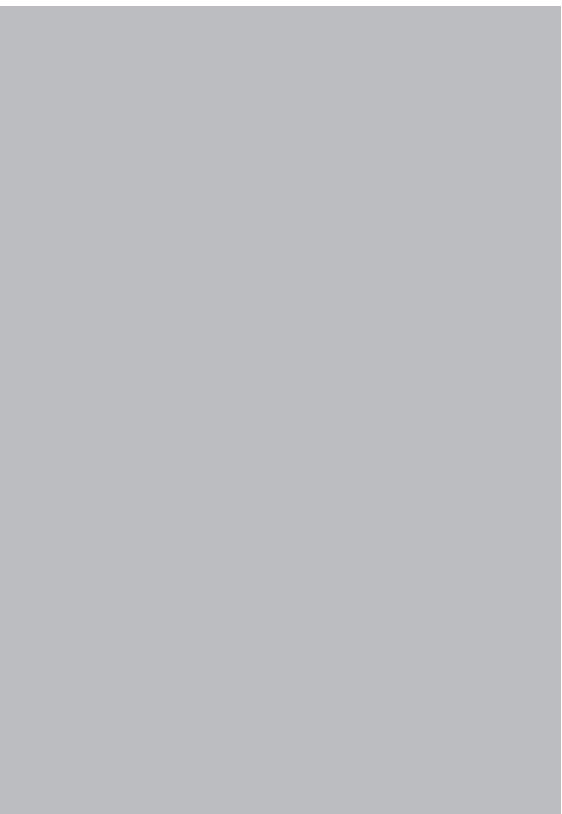
Diseño y diagramación: www.glyphosxp.com

Depósito legal: 359.080/12

Los trabajos que publicamos son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no representan necesariamente el pensamiento de la Fundación Friedrich Ebert. Se admite la reproducción total o parcial, a condición de que se mencione la fuente y se haga llegar un ejemplar.

Índice

Prólogo	5
Necesitamos un nuevo Plan Marshall de escala mundial <i>Michael Sommer</i>	7
Sindicalismo de las Américas. La «tercera transición» <i>Víctor Báez Mosqueira</i>	13
Profundizar los cambios rumbo a un modelo de desarrollo sustentable <i>Artur Henrique</i>	19



Prólogo

El sindicalismo internacional se ha fortalecido y consolidado a partir del exitoso proceso de unidad que permitió la creación, a nivel global, de la Confederación Sindical Internacional (CSI) y a nivel de las Américas, de la Confederación Sindical de Trabajadores y Trabajadoras de las Américas (CSA).

Este proceso le permite al sindicalismo internacional convertirse en un actor global capaz de influir en los diversos foros multilaterales, así como en las estructuras institucionales de las variadas experiencias de regionalización e integración. Junto con el aumento del protagonismo a escala mundial y regional, el sindicalismo internacional se ha consolidado como un actor sociopolítico que no solo plantea las reivindicaciones clásicas o corporativas, sino que busca influir en la agenda política general.

Tres dirigentes sindicales, protagonistas de este proceso, nos presentan en sus artículos algunas claves para analizar y comprender las estrategias sindicales articuladas en los diver-

sos niveles en que estas se expresan. Por su lado, Michael Sommer nos señala las causas de la crisis económica internacional y algunas propuestas del movimiento sindical para superarla. Víctor Báez relata el proceso de consolidación de la CSA y presenta una agenda que incluye para las Américas el desarrollo sustentable, el trabajo decente y la democracia y, por último, Artur Henrique expone los ejes que son la base del nuevo modelo de desarrollo sustentable en construcción en Brasil, experiencia que se reproduce en otros países de América Latina.

Para la FES, la cooperación con el mundo sindical es una prioridad en tanto actores indispensables para la promoción de la democracia y la justicia social. En un mundo cada día más interdependiente, la acción internacional y la solidaridad entre las organizaciones sindicales son esenciales para la construcción de una gobernanza global que garantice un desarrollo social justo y ambientalmente sustentable.

Simone Reperger

Representante en Uruguay
Directora FES Sindical Regional
Fundación Friedrich Ebert

Necesitamos un nuevo Plan Marshall de escala mundial

MICHAEL SOMMER

Salvatajes, política de austeridad, temor a la recesión: la crisis financiera y económica europea y sus secuelas nos tienen en vilo. Las respuestas políticas apuntan fundamentalmente a la introducción de medidas de ahorro y consolidación fiscal, al precio de contracción de la actividad económica, restricciones de los derechos laborales y reducción del gasto social. En todo el mundo se eliminan empleos y se socavan las bases sociales de nuestras democracias. Por lo tanto los sindicatos se enfrentan al desafío de defender esas bases que a la vez constituyen conquistas de décadas de lucha sindical.

En el marco del II Congreso de la Confederación Sindical de las Américas (CSA), Tina Hennecken, Fundación Friedrich Ebert (FES) Brasil, y Simone Reperger, proyecto FES Sindical Regional con sede en Uruguay, conversaron, en representación de la revista Nueva Sociedad, con el presidente de la Confederación Sindical Internacional CSI¹ y presidente de la

Confederación de Sindicatos Alemanes (DGB, por su nombre en alemán),² Michael Sommer, sobre un nuevo modelo de desarrollo, los desafíos de la política sindical internacional y el papel de América Latina como fuente de ideas para la era posneoliberal.

—El II Congreso de la CSA tiene como lema «Desarrollo sustentable, trabajo decente y

1 Confederación Sindical Internacional (CSI): La nueva confederación sindical CSI se fundó en Viena el 1.º de noviembre de 2006 como contrapeso a la globalización del capital. Es el producto de la fusión de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL), la Confederación Mundial del Trabajo (CMT), de orientación cristiana, y ocho centrales sindicales nacionales como la CGT francesa que no estaban afiliadas a ninguna organización mundial. La confederación con sede en Bruselas representa los intereses de 168 millones de trabajadores miembros de 304 organizaciones

en 153 países. La CSI, las federaciones internacionales de sindicatos de la industria (las 10 federaciones sindicales internacionales [FSI]) y la Comisión Sindical Consultiva (CSC) forman el movimiento sindical internacional organizado.

2 La Confederación de Sindicatos Alemanes (DGB, por su nombre en alemán) es la organización central más importante de los principales sindicatos. Los sindicatos miembros de la DGB cuentan en total con 6,1 millones de afiliados.

democracia: construyendo una nueva sociedad». Por mucho tiempo la «sustentabilidad» fue una palabra clave del movimiento ecologista más que un lema de los representantes de los trabajadores. ¿Qué papel cumplen los sindicatos actualmente en la estructuración de la agenda de la sustentabilidad?

—El concepto de sustentabilidad descansa en tres pilares: el económico, el ecológico y el social. No será posible alcanzar un desarrollo sustentable sin políticas sociales universales y eficaces y empleos dignos. Sustentabilidad es sinónimo de productos y servicios de prolongada vida útil cuya producción y oferta no implican la explotación o, peor aún, destrucción de las personas o la naturaleza. Hoy en día los sindicatos ya no se limitan a luchar por los intereses materiales de sus afiliados; cada vez más deben defender también las conquistas democráticas y sociales fundamentales en sus países, porque lamentablemente los gobiernos y partidos ya no están en condiciones de asegurar la primacía de la política frente al capital financiero.

Los sindicatos defendemos los derechos de los trabajadores, la libertad sindical y el diálogo social justo frente a los gobiernos y los organismos internacionales. Para poder alcanzar una sociedad justa debemos cuestionar el modelo económico internacional hoy vigente e impulsar un nuevo modelo de desarrollo que tome distancia de la desregulación, la liberalización y la privatización. La justicia para las personas, el manejo cuidadoso del ambiente, la moderación en el consumo de bienes materiales (en los países altamente desarrolla-

dos), la eficiencia energética y la innovación constituyen alternativas claras. Quien pretenda «ahorrar» en materia de gastos para los trabajadores se quedará sin personal calificado y creativo en el futuro.

—*Fueron justamente las recetas no deseadas de la política económica a favor de la desregulación las que entregaron el timón al mercado y allanaron, en 2008, el camino hacia la crisis financiera y económica internacional. ¿La política ha aprendido algo desde entonces?*

—En la actual crisis económica y financiera europea los gobiernos reaccionan, una vez más, con un asalto frontal a los derechos de los trabajadores. Se dejan sin efecto los convenios colectivos para reducir los salarios, y las injerencias en la autonomía de la negociación colectiva son moneda corriente. El nivel de los salarios mínimos se reduce, mientras se alarga la jornada laboral; ya se aumentó la edad

jubilatoria y se bajaron las jubilaciones. Una y otra vez se administra la medicina del botiquín envenenado de los neoliberales, en dosis crecientes: una serie de dictados de ajuste cada vez más profundos.

—*¿Como los previstos por el pacto fiscal europeo?*

—El manejo de la crisis es una vergüenza para Europa. A nuestro entender, sigue un enfoque totalmente equivocado de cara a la crisis: se nos quiere hacer creer que debemos dar todo para que los mercados y las agencias de calificación externa recuperen la confianza.

También en Europa el ser humano dejó de ser la medida de todas las cosas y fue sustituido

El manejo de la crisis es una vergüenza para Europa. A nuestro entender, sigue un enfoque totalmente equivocado de cara a la crisis: se nos quiere hacer creer que debemos dar todo para que los mercados y las agencias de calificación externa recuperen la confianza.

por el mercado; un mercado que piensa exclusivamente en acrecentar la riqueza de algunos pocos, mientras carga los costos de la crisis sobre las espaldas de la gente trabajadora. Pero ¿qué es el mercado? ¿A quién subordinan los gobiernos su soberanía? Se trata sobre todo de los bancos y los inversores financieros. Ellos son los principales beneficiarios de todos esos «paraguas de rescate» y «paquetes de rescate», no la gente en los países en crisis.

El pacto fiscal europeo no crea estabilidad ni ayuda a Europa para que pueda superar la crisis, todo lo contrario. Además, es extremadamente antidemocrático.

En Europa, pero también en Estados Unidos, nos enfrentamos por tanto no solo a una crisis económica, sino también a una crisis de valores, a la que la política debe contestar por ejemplo mediante la introducción de reglas de acción claramente definidas para los mercados financieros.

—Desde la perspectiva sindical, ¿cuál sería el remedio adecuado?

—Según cálculos de la OIT, en todo el mundo 35 millones de personas han perdido el empleo desde que la crisis comenzó en 2008. En Europa el desempleo ya ha llegado a un promedio de 10,4 %. Es el índice más elevado de los últimos 14 años. La creación de empleos es el desafío fundamental de los próximos años; necesitamos empleos, empleos y más empleos: puestos de trabajo dignos, bien remunerados y con seguridad social para hombres y mujeres.

Necesitamos una especie de Plan Marshall que ayude a los países que hoy están por el suelo a recuperarse. Necesitamos inversiones en innovación, investigación, tecnología, educación, infraestructura y protección del ambiente. Un programa de inversión y desarrollo de esta índole reactivaría el crecimiento. Combatiría el alto desempleo y facilitaría el progreso social. Una Europa incapaz de crear bienestar para las personas fracasará.

—América Latina tiene experiencia en materia de crisis financieras y ajustes estructurales neoliberales. Marcaron la región en las décadas de 1980 y 1990. ¿Cuál es la importancia de los sindicatos latinoamericanos a la hora de formular una respuesta sindical a la crisis del capitalismo?

—América Latina con sus contradicciones y su falta de igualdad sigue siendo un continente fascinante. Después de décadas de graves crisis financieras, por un lado, y políticas neoliberales, por el otro, la región ha tomado un rumbo novedoso e interesante. En la década pasada puso en práctica algunas recetas buenas con respecto a la gestión de la crisis, pero también una política laboral y social innovadora. Un ejemplo de ello es la exitosa política de combate a la pobreza y por la redistribución en Brasil, que cuenta con una fuerte participación sindical. Por lo tanto concuerdo con mi amigo y compañero Víctor Báez, secretario general de la CSA, quien sostiene que América Latina puede convertirse en el punto de partida de la era posneoliberal y, con ello, en el continente más interesante del siglo XXI. La CSI asigna gran importancia al diálogo con los sindicatos de orientación reformista en el subcontinente, así como al trabajo conjunto en las estrategias políticas.

—Visto el diagnóstico tan sombrío, ¿ha fracasado la política sindical internacional frente a la crisis?

—Pese a los duros retrocesos en el contexto de la crisis europea, existen señales de esperanza, y la política sindical internacional ha logrado algunos éxitos. La voz de los sindicatos como defensores de la gente común es más escuchada a nivel internacional. Quienes ejercen el poder en la política y en las grandes organizaciones multilaterales —como por ejemplo el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional— hoy reconocen a la CSI como la principal organización internacional de los sindicatos democráticos. Se nos escucha, nuestros reclamos son tomados en serio. Participamos en la mesa de negociaciones de los estados del G-20. Esto es un éxito.

—*Los nuevos foros para la configuración de la política internacional. ¿Cuál es el mensaje a la próxima reunión cumbre del G-20 en México?*

—En junio, cuando los jefes de Estado y de Gobierno se reúnan en Los Cabos, nosotros estaremos presentes y les explicaremos una vez más a los políticos que no habrá solución de la crisis sin nosotros los sindicatos. Es más: emitir declaraciones grandilocuentes en las cumbres es una cosa, pero nosotros esperamos acciones concretas de lucha contra el desempleo en cada país. Se debe combatir sobre todo el problema del desempleo juvenil. En este campo se necesita la iniciativa tanto de los estados, que deben instrumentar políticas educativas originales de inclusión, como de las empresas, con ofertas de trabajo para quienes inician su vida laboral. Desde la política se debe integrar y proteger asimismo a los trabajadores en relaciones de empleo informales. Pero lo más importante es el cumplimiento de los estándares internacionales de trabajo.

—*La Organización Internacional de Trabajo (OIT) debería actuar como guardiana de esos estándares internacionales del trabajo. ¿Qué papel debería cumplir en el contexto de la formulación de políticas en tiempos de crisis?*

—La OIT debe ser reformada. Muchos han perdido la confianza en su capacidad de representar los intereses de los trabajadores y de actuar en su defensa. Se habla de la burocratización de la organización, de amiguismo con relación a la ocupación de vacantes y de falta de compromiso cuando se trata de defender los derechos de sindicalistas perseguidos, también acá en América Latina. La OIT no goza necesariamente de una buena reputación en el mundo, por triste que nos parezca esta realidad. La CSI presenta ideas y propuestas para una reforma integral de la organización, y aparentemente se ha iniciado un proceso de discusión sobre una OIT renovada. Esta debería concentrarse sobre todo en sus cometidos por excelencia: la determinación de normas y el control efectivo de su cumplimiento.

—*Específicamente, ¿qué debe cambiar?*

—En tanto actor importante a nivel internacional, la OIT debe defender el trabajo de calidad. Hoy soy más optimista al respecto. En mayo se eligió un nuevo secretario general. Guy Ryder es el primer representante de los trabajadores en ocupar la dirección de la OIT en su historia. De esta forma los sindicatos logramos imponer nuestro candidato contra la voluntad de los empleadores y de numerosos gobiernos. Guy Ryder es consciente de que esperamos de él nada menos que una reforma radical de todo el aparato.

—*La Conferencia de la ONU sobre Desarrollo Sustentable en Brasil, en Río de Janeiro, es otro acontecimiento político internacional. ¿Cuál es la agenda sindical concreta en materia de sustentabilidad de cara a la llamada Cumbre Río+20?*

—He aquí una serie de temas respecto de los cuales los sindicatos tienen posiciones bien definidas: actividad económica sustentable, puestos de trabajo compatibles con el ambiente y una transición justa hacia una economía del futuro con mayor eficiencia energética, que cuide los recursos. Veinte años después de la histórica Cumbre de la Tierra que encaminó, entre otras cosas, la Convención sobre el Cambio Climático, vamos a presentar nuestras posiciones junto con organizaciones progresistas de la sociedad civil global.

Reclamamos que la Cumbre Río+20 produzca acuerdos concretos y palpables que adelanten la implementación de un modelo de desarrollo sustentable. El movimiento sindical internacional propugna un acuerdo que articule la seguridad social y el trabajo digno de los trabajadores con la protección ambiental y el desarrollo social.

—*¿A pesar de las diferencias respecto del papel de los países en la división internacional del trabajo, el movimiento sindical internacional —del norte y del sur— está unido y con las filas cerradas?*

—Me parece que sí. El crecimiento y el bienestar deben beneficiar a todos, esta es nuestra

prédica. Porque si no se logra detener el *dumping* salarial y social global, la paz social corre peligro en todo el mundo. Reclamamos el perfeccionamiento de los sistemas de seguridad social, estrategias de empleo para la creación de trabajos dignos, respeto irrestricto de los derechos fundamentales de los trabajadores y de los estándares ecológicos, solidaridad y una economía compatible con el ambiente.

—*Quo vadis, CSI: en 2014 el congreso de la CSI se celebrará en Berlín, su ciudad natal, y elegirá un nuevo presidente. ¿Qué asuntos deben ser resueltos por Michael Sommer para entonces?*

—La unión de 168 millones de trabajadores de 156 países para crear la CSI hace seis años marcó un paso importante hacia la profundización de la unidad sindical, porque la globalización política y de los mercados requiere también una globalización del movimiento sindical. Estoy muy satisfecho con la forma en que se procesó la fusión de organizaciones con culturas y tradiciones diferentes.

La profundización de la unidad sindical internacional es un éxito importante, una condición previa fundamental para cualquier actor a nivel internacional que pretenda ser tomado en serio y tenga la voluntad de intervenir en la configuración de políticas.

Como confederación internacional democrática, la CSI no debe abandonar la perspectiva autocrítica desde la cual analiza sus propias prácticas y padrones de decisión. La existencia de estructuras democráticas internas es indispensable para que podamos representar efectivamente a todos los trabajadores.

La CSI no debe limitarse a la defensa de intereses; tiene que definirse como un actor sociopolítico. Debe actuar como referente en los debates políticos, pero también como impulsor de propuestas políticas innovadoras. Su tarea consiste tanto en hacer escuchar la voz de los trabajadores como en comprometerse con un mundo más justo, sustentable y social.

—*Muchas gracias por esta entrevista.*

Sindicalismo de las Américas. La «tercera transición»

VÍCTOR BÁEZ MOSQUEIRA¹

En los últimos años, el sindicalismo de las Américas pasó por distintas etapas de transición que culminaron con la creación y la consolidación de la Confederación Sindical de los Trabajadores y Trabajadoras de las Américas (CSA). Luego de describir cada etapa, el artículo presenta los desafíos del movimiento sindical al consolidarse como actor fundamental en la disputa por una nueva hegemonía.

La meta es que el trabajo decente sea valorado como eje central para el impulso de políticas que conduzcan al desarrollo sustentable en sus cuatro dimensiones: ecológica, social, económica y política. En el contexto de una profunda crisis en los países del norte, las Américas pueden proponer alternativas al modelo neoliberal.

El sindicalismo de las Américas se podría definir, especialmente en los últimos diez años, como una organización social en proceso de transición. Esta puede analizarse en tres etapas (tres transiciones dentro de un proceso) sobre la base de las cuales intentaremos organizar esta breve reflexión.

La primera de las transiciones se ubica a mediados de la década del 2000 y se relaciona con el inicio de los debates en torno a la creación de la nueva central sindical internacional hasta la propia creación de la Confederación Sindical de las Américas (CSA). Entonces se inicia la segunda transición que corresponde al nacimiento de esta organización continental y su consolidación en los primeros cuatro años de existencia, tras los cuales comienza lo que personalmente considero la tercera transición, que proyecta al sindicalismo de las Américas como un actor estratégico en la

¹ Víctor Báez Mosqueira. Secretario General de la Confederación Sindical de Trabajadores/as de las Américas (CSA).

coyuntura transformadora de la región y protagonista del sindicalismo internacional.

La primera transición: el camino hacia la unidad

Parece claro que, al menos desde los años 80, el sindicalismo ha visto disminuido o estancado su poder. Este es un fenómeno a escala mundial, más allá de excepciones importantes en algunos países. La introducción masiva de nuevas tecnologías sustitutivas de mano de obra debilita la posición de los trabajadores al generar desempleo, y, al mismo tiempo, segmenta la base sindical al promover o permitir diversas formas de fraccionamiento de la base o del colectivo, incluso, en ocasiones, la del propio régimen jurídico laboral. En el mismo sentido opera lo que puede denominarse «cultura posmoderna», signada por el individualismo, la consecuente desvalorización de lo colectivo y la pérdida o el debilitamiento de la solidaridad como práctica. La informalidad, generalizada en América Latina, desprotege al trabajador individual y dificulta la representación sindical de los sectores en los que se extiende.

Más aún, estos aspectos, presentes a escala mundial, en América Latina fueron reforzados por un modelo aperturista, concentrador y excluyente instaurado a finales de la década de los 60, que desembocó en la crisis de los años 2000. Al influjo del Consenso de Washington, la política económica de prácticamente todo el continente se alineó con los dictados del Fondo Monetario Internacional dando lugar a las llamadas reformas estructurales. La eliminación de las libertades políticas, sindicales y sociales implementadas por las dictaduras y el terrorismo del Estado de los 70 y 80 fue la condición de viabilidad de un proceso de reestructuración económica abiertamente conservador.

Esta contextualización sirve para ubicar al sindicalismo de América Latina, que, además de las dificultades señaladas al inicio, carga sobre sus espaldas tres décadas de persecu-

ción y enfrentamiento de tal intensidad que en algunos casos nos preguntamos cómo siguió existiendo.

Con esa herencia nace la CSA en 2008, en cumplimiento de los acuerdos mundiales que habían llevado a crear la CSI (Confederación Sindical Internacional) dos años antes. En las Américas, ello fue resultado de la fusión de la ORIT (Organización Regional Interamericana de Trabajadores) y la CLAT (Confederación Latinoamericana de Trabajadores), a las que se sumó la incorporación de diversas organizaciones independientes, a partir de lo cual se constituyó una organización de más de 50 millones de trabajadores y trabajadoras.

A pesar de que la ORIT era la organización regional de la CIOSL (Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres), existen diferencias en el desarrollo histórico de ambas organizaciones, que se explican, al menos en parte, por la convivencia del sindicalismo norteamericano con el latinoamericano dentro del mismo espacio. La ORIT fue fundada en 1952 como filial de la CIOSL para todo el continente americano, con sede en México. Desde sus inicios estuvo marcada por la lógica de la guerra fría.

Durante la década de los 90, la ORIT fue ganando respeto y atractivo frente a centrales sindicales que hasta ese momento se habían mantenido distantes. Con la afiliación de la CUT (Central Unitaria de Trabajadores) chilena y de las tres centrales brasileñas, la ORIT logró afianzarse en el Cono Sur, ya que hasta ese momento su única afiliada importante en la subregión era la CGT (Confederación General del Trabajo) de Argentina.

Cuando comenzó la discusión sobre la formación de una nueva central mundial, la ORIT atravesaba un proceso de consolidación y profundización de sus posiciones progresistas, que se expresó de varias formas. En su congreso de junio de 2005 en Brasilia, la ORIT se presentó como una alternativa sindical progresista en la región. Al mismo tiempo, sus vínculos con otros movimientos sociales

como la Alianza Social Continental (ASC), su enfrentamiento al ALCA, la fuerte presencia de mujeres en sus órganos directivos y su interacción con los gobiernos progresistas de América Latina mejoraron su imagen.

Rápidamente se percibió que el proceso de unificación internacional era una oportunidad para profundizar la articulación del movimiento sindical en la región. En ese sentido, la estrategia de la ORIT no se limitó a fusionarse con la CLAT y replicar en el orden regional la convergencia mundial, sino que abrió el juego a otros actores sindicales.

Por su parte, la CLAT también integraba el patrimonio histórico del movimiento sindical latinoamericano y era por lejos la filial más importante de la CMT (Confederación Mundial del Trabajo). Sus orígenes se remontan a 1954. Contrariamente a la ORIT, la CLAT definió desde el comienzo como su espacio de actuación a América Latina y el Caribe y no a América. La CLAT tenía algunas características propias. Afiliaba no solo a sindicatos, sino también a organizaciones de la economía informal y a diferentes grupos sociales. En algunos países, como Argentina y Uruguay, actuaba a través de corrientes internas de las centrales ya existentes. Caracterizada además por una fuerte autonomía frente a su organización matriz (la CMT), la CLAT se mostró escéptica desde un comienzo frente al proceso de creación de una nueva central mundial. Esto, sin embargo, se explicaba más por cuestiones regionales vinculadas a temas latinoamericanos que por una resistencia al proceso de unificación mundial.

Las conversaciones para la unificación, así establecidas las características de cada central latinoamericana, no

fueron fáciles. Tanto fue así que no se cumplió con el plazo establecido en Viena (noviembre de 2007), sino que vino a producirse recién al finalizar marzo de 2008. Eran organizaciones que habían competido antes. Culturas sindicales y visiones ideológicas distintas, asimetrías importantes y el reto de la distribución del poder fueron dificultades reales para este proceso. Finalmente, predominó el criterio de construir una nueva central, con un diseño innovador, que podría ser la oportunidad de posicionar al sindicalismo latinoamericano de una manera nueva.

Primó la idea de que «si el siglo XX fue un siglo de divisiones, el inicio del siglo XXI ha señalado un proceso de unidad». Se llegó así a la fundación de la CSA en su primer congreso, realizado en Panamá en el 2008.

La segunda transición: la creación y puesta en marcha de la CSA

Superada la instancia fundacional y el resabio de divergencias históricas, las tensiones se desplazaron al escenario de las prácticas y los conceptos de organización sindical. Desde los inicios de su accionar fue necesaria la emergencia de una conducción con rasgos innovadores para la dinámica sindical del continente. En efecto, la primera característica novedosa radicó en las formulaciones programáticas, reflejadas principalmente en la Plataforma Laboral de las Américas. El corazón de este enfoque reafirma el concepto de «sindicalismo sociopolítico», que proyecta una

La Plataforma Laboral de las Américas reafirma el concepto de «sindicalismo sociopolítico», que proyecta una clara señal del rol que la organización sindical pretende asumir en la sociedad.

clara señal del rol que la organización sindical pretende asumir en la sociedad. Asimismo, se lanzó una iniciativa estratégica hacia el interior del propio movimiento denominada «autorreforma sindical», que demuestra también que la nueva conducción actuaba en el marco del modelo sindical, sus prácticas y estructuras, y no solamente a partir de la retórica declarativa tradicional.

Sin dudas, el proceso de unificación sindical mundial, y en este caso continental, ha puesto sobre el tapete no solo aspectos de integración física entre las estructuras preexistentes, sino también cuestiones conceptuales estratégicas. Resulta claro que el carácter y el funcionamiento de la globalización en la perspectiva neoliberal han causado un fuerte impacto negativo en la existencia y el accionar sindicales. Pero sería un profundo error ubicar allí la totalidad de los problemas. Existen, en efecto, una variedad de factores internos que se han acumulado en dirección a un debilitamiento de las organizaciones sindicales. Burocratización, inadecuación de las estructuras y prácticas existentes tanto de varias organizaciones como de varios de sus dirigentes, carencias democráticas (verticalismo y autoritarismo) y, en algunos casos, incluso corrupción, como reza el documento del propio congreso fundacional. En síntesis, no todos los problemas vienen de afuera. De allí la pertinencia e importancia de la mencionada «autorreforma sindical».

La tercera transición: el salto en calidad

De cara al II Congreso de la CSA la tarea central fue el fortalecimiento programático de la uni-

dad, que colocaba al movimiento sindical frente a los principales desafíos a todos los niveles. No hay tema relevante en la vida de nuestros pueblos que no haya sido abordado o enfrentado,

empezando por la crisis financiera y económica. Mientras las grandes potencias, corporaciones y entidades financieras internacionales solamente se concentraban en ella, la CSA antepuso la tesis de que antes de la crisis actual nuestros pueblos ya padecían otras también profundas, como las crisis social, ambiental, energética y alimentaria. Se señaló también la necesidad de sostener un enfoque global y abordar todas las crisis

juntas, si se quieren un mundo y un continente con desarrollo sustentable.

Temas como trabajo decente, ambiente, seguridad social, salud y seguridad en el trabajo, integración, democratización de la comunicación, igualdad de género, juventud, función normativa de la OIT (Organización Internacional del Trabajo), fiscalidad, formación sindical y profesional, empresas mundiales, etcétera, conforman una visión de desarrollo que se opone a aquella de crecimiento sin límites y de exclusiva búsqueda del lucro por parte de los defensores del sistema actual. Todos ellos fueron desarrollados en forma participativa y han dado a la CSA un mayor protagonismo en varias instancias internacionales, incluso en la CSI. La oposición a los tratados de libre comercio y el apoyo a los procesos de integración han llevado a la CSA a presentar propuestas en diferentes terrenos de las Américas, Asia y Europa. Para la CSA, aún falta construir una visión sintonizada del sindicalismo mundial sobre el desarrollo que queremos los trabajadores y trabajadoras, lo cual la llevó a plantear a la Confederación Europea de Sindicatos un debate sobre este tema.

La CSA antepuso la tesis de que antes de la crisis actual nuestros pueblos ya padecían otras también profundas, como las crisis social, ambiental, energética y alimentaria.

Evidentemente, las cláusulas sociales, aunque son importantes, no bastan para construir un desarrollo sustentable en las Américas y el mundo. Se comparte con la CSI una visión de la cooperación internacional para el desarrollo con los trabajadores y trabajadoras como actores de ese desarrollo. Junto con la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) y la OIT se realizará próximamente un encuentro para debatir sobre la libertad sindical, el derecho a la contratación colectiva y el desarrollo, ya que los sindicatos son testigos cercanos de cómo, a pesar de la crisis, en algunos países de esta región los salarios y los derechos laborales han aumentado y eso ha servido para fortalecer el mercado interno y evitar la influencia de la crisis. No debe olvidarse aquí la lección que los gobiernos de derecha de Europa han suprimido de sus memorias: no es el crecimiento el que genera empleo; todo lo contrario, son el empleo decente y la inclusión social los que generan crecimiento y se constituyen en la vía ineludible hacia el desarrollo sustentable.

Con el convencimiento de que la fortaleza del movimiento sindical radica también, además de en sus propuestas sintonizadas, en el número de sus afiliados y afiliadas y en la solidez de sus organizaciones, se ha cumplido con el mandato del congreso anterior de recorrer un proceso que lleve a una mayor unidad y fortaleza del movimiento sindical de las Américas. El programa de autorreforma sindical, abordado en forma transversal por todas las secretarías de la CSA, busca que más trabajadoras y trabajadores estén afiliados a menos sindicatos, para superar la forma más débil de organización, que es el sindicato de empresa, e ir al sindicato por rama.

El debate está instalado y ha resultado en que muchas organizaciones nacionales han iniciado un proceso de unidad de acción y de coordinación. También se busca la inclusión de más sectores, como el de mujeres y jóvenes, trabajadoras y trabajadores tercerizados, no registrados, subcontratados, autónomos, etcétera. Además de la política de inclusión de género y etaria, se ha priorizado la inclu-

sión de los tercerizados, subcontratados y no registrados, con interesantes progresos. Si bien el proceso registra avances, todavía tiene un largo camino por recorrer. Toda la política de cooperación sindical, de afiliaciones y de formación está sintonizada con este proceso. En algunos países de América Latina los porcentajes de afiliación sindical y de trabajadores protegidos por contratación colectiva son similares a los de varios países europeos, pero en la mayoría de ellos deben ser incrementados dramáticamente, lo cual nos lleva al desafío de enfrentar y modificar legislaciones nacionales que atentan contra la libertad sindical.

Finalmente, en el proceso de construcción de la unidad se ha alcanzado un éxito rotundo al construir una identidad de la CSA en solo cuatro años.

Desarrollo sustentable, trabajo decente y democracia: construyendo una nueva sociedad

Los cambios políticos, económicos y sociales que tuvieron lugar en varios países latinoamericanos representan la oposición a las políticas neoliberales implementadas desde los años 80. Esta transformación fue fundamental para enfrentar la crisis actual. Los que adoptaron medidas de preservación de la inversión pública, el empleo, el consumo y la producción lograron resistir al sismo financiero. Sin embargo, la recesión fue profunda en los países que adoptaron medidas conservadoras de recortes de gastos y reducción de salarios y empleos.

Los cambios señalan el ascenso de fuerzas políticas y sociales que buscan formas de organización y representación distintas de las del Consenso de Washington. Estas corrientes tienen su origen en la lucha contra las dictaduras. Durante el auge del enfrentamiento al neoliberalismo fue patente la conformación de

un perfil que reunía sindicatos, organizaciones campesinas, indígenas, mujeres, organizaciones no gubernamentales y partidos progresistas y de izquierda. La victoriosa campaña contra el ALCA y la acción de los grupos contra la explotación de recursos naturales por las multinacionales son ejemplos exitosos de estos movimientos.

El reto para la CSA y sus organizaciones afiliadas es contribuir no solo para que el cuadro político de cambios progresistas se mantenga y se fortalezca, sino también para que las transformaciones económicas, políticas y sociales se vuelvan estructurales y permanentes. En lo que refiere a la democratización de las relaciones de trabajo hay mucho por hacer. Fueron pocos los gobiernos que realmente promovieron políticas para fortalecer el papel de los sindicatos en la sociedad como actores del desarrollo y de la distribución del ingreso, además de la promoción de la democracia.

En su II Congreso la CSA no solo ratifica la importancia del desarrollo, sino que la eleva a contenido esencial de su estrategia permanente y de largo plazo y adopta la denominación de desarrollo sustentable para expresar de manera más integral todos los contenidos de esta apuesta por un nuevo modelo en disputa con otras concepciones hegemónicas. El desarrollo sustentable comporta una dimensión ecológica, una social, una económica y una política.

La dimensión ecológica implica preservar y potenciar la diversidad y complejidad de los ecosistemas, su productividad, los ciclos naturales y la biodiversidad. La dimensión social refiere al acceso equitativo a los bienes ambientales tanto en términos intergeneracionales como entre géneros y culturas. La dimensión económica exige redefinir la actividad económica como parte de un sistema más amplio que tiene que ver con el espacio ambiental en el cual se desarrollan las actividades humanas. La dimensión política refiere a la participación directa de las personas en la toma de decisiones, en la definición de su futuro colectivo y en la gestión de los bienes ambientales mediante estructuras de gobierno descentralizadas y democráticas.

Para ello el movimiento sindical debe colocarse como actor fundamental en la disputa por una nueva hegemonía en la que el trabajo decente sea reubicado como un eje central en el impulso de políticas para el desarrollo sustentable. El congreso valora la oportunidad que se presenta para que los pueblos de las Américas, conducidos por sus fuerzas sociales y políticas progresistas, se dirijan al mundo con una voz que señale caminos diferentes para un planeta cada vez más inestable económica, ambiental, social y políticamente. En un contexto profundamente negativo en los países del norte, consideramos que las Américas, con todas sus contradicciones y desigualdades, pueden ser fuente de alternativas al modelo neoliberal.

Profundizar los cambios rumbo a un modelo de desarrollo sustentable

ARTUR HENRIQUE¹

El crecimiento de la economía brasileña ha llevado a niveles récord el trabajo formal. Ahora la meta es consolidar un proyecto de desarrollo sustentable basado en la distribución del ingreso, el reconocimiento del trabajo, la inclusión social y la disminución de las desigualdades. Este artículo afirma que el desafío del movimiento sindical es luchar por un modelo de Estado fuerte, con planificación y continuidad, buena gestión y transparencia. Para ello resulta necesario instaurar el control social sobre los proyectos que lo componen. Solo así se podrá radicalizar la democracia en todos los espacios, incluso en los lugares de trabajo.

La clase trabajadora brasileña vive un momento muy diferente del que experimentó por largos períodos. Una realidad que, lamentablemente, también es distinta de la que viven hoy los pueblos del hemisferio norte. La economía brasileña está creciendo y la masa salarial se encuentra en alza, aunque menos de lo necesario y merecido. Además, la cantidad de trabajo formal alcanza un récord histórico. Por lo tanto, el desafío del movimiento sindical en este momento —y para los próximos años— es luchar por el reconocimiento de los trabajadores y las trabajadoras y radicalizar la

democracia en todos los espacios, incluso en los lugares de trabajo.

Esto significa aprovechar el momento favorable no solo para aumentar al máximo posible el poder de compra de los sueldos, sino también para elevar la calidad de los empleos. Esto último incluiría: calificación, igualdad de derechos entre géneros y razas, amplia garantía de negociación colectiva y garantía de organización sindical en los lugares de trabajo, entre otras medidas de democratización y ampliación de derechos. Estos cambios son indispensables para que Brasil pueda atacar la pésima distribución del ingreso que aún persiste pese a los avances más recientes. No podemos celebrar la llegada del país al grupo

¹ Artur Henrique. Presidente nacional de la Central Única de los Trabajadores (CUT)

de las mayores economías mundiales mientras subsisten las enfermedades sociales.

En suma, es preciso aprovechar el actual crecimiento económico para consolidar un proyecto de desarrollo sustentable. Así, debemos dejar bien en claro que el actual modelo económico ya demostró su agotamiento y no se sostiene. Si optamos por mantener este modelo de crecimiento, producción y consumo, no podremos preservar el planeta para el futuro. La segunda constatación importante es que la mejor forma de no alcanzar el desarrollo sustentable es seguir las orientaciones del Banco Mundial (BM), el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Central Europeo y la Reserva Federal (el Banco Central de Estados Unidos). Las medidas que estas instituciones proponen para enfrentar la crisis financiera internacional profundizarán y agravarán la recesión y llevarán a la destrucción del planeta. Por tanto, sabemos cómo no se llega a un modelo de desarrollo sustentable.

Para hablar de desarrollo sustentable es necesario diferenciar «desarrollo» de «crecimiento económico». No se trata solo del aumento del producto interno bruto (PIB). En los últimos años, varios países lograron crecimiento económico pero no desarrollo sustentable: su PIB se elevó pero no mejoraron la distribución del ingreso, el reconocimiento del trabajo y la inclusión social, ni disminuyeron las desigualdades. Estas experiencias prueban que es necesario cambiar la perspectiva. Por tanto, por un lado no podemos tener como meta principal el crecimiento económico, y por otro debemos apuntar al desarrollo sustentable basado en cuatro pilares: social, ambiental, económico y político, orientadores de la construcción del nuevo modelo. Para ello se requieren un pensamiento a largo plazo y un cambio de valores, culturas y prácticas.

Actualmente, en Brasil y otros países de América Latina se presenta la oportunidad de construir una alternativa al modelo implementado en las décadas de 1980 y 1990, cuando el avance de la hegemonía neoliberal fue desplazando al Estado de bienestar, un proyecto de

desarrollo conformado a partir de la segunda posguerra que buscaba proporcionar un pilar social al crecimiento económico. En la nueva concepción, el Estado debía limitarse a regular las actividades económicas y el mercado resolvería todos los problemas. El nuevo modelo se mostró completamente inviable para la mayor parte de la población mundial. Hoy, mil millones de personas enfrentan el hambre y crisis energéticas y sociales.

Por otro lado, en América Latina y especialmente en Brasil, como mencionamos, hemos tenido crecimiento económico con inclusión social: más de 35 millones de brasileños ingresaron en una nueva clase de consumo. Pero no es suficiente. En este punto, la educación desempeña un papel importante en un sentido muy amplio. No me refiero solo a la educación desde el jardín de infantes hasta la universidad, sino también a las inversiones en ciencia y tecnología, pero no para tener más productividad y competitividad, que son valores neoliberales, consumistas e individualistas. La inversión en educación, innovación, ciencia y tecnología debe apuntar a mejorar la calidad de vida de las personas y a investigar cómo producir bienes y servicios para la mayoría de la población con el uso de menos recursos naturales.

El gran desafío es disminuir las desigualdades y asegurar que las personas accedan a bienes de consumo. Sin embargo, también en este punto es preciso cambiar los valores. ¿De qué estilo de consumo estamos hablando? ¿Del estadounidense, en el que cada familia, al menos antes de la crisis, deseaba tener entre tres y cuatro autos? ¿O del modelo que apunta al transporte público? Necesitamos pensar nuevas formas de organizar la sociedad. Por lo tanto, la educación y lo que denominamos sistema de protección social son fundamentales para conducirnos en esta transición necesaria de modos de producción y consumo.

Pero debemos considerar que esa transición necesaria —que actualmente tenemos la oportunidad de consolidar— produce impactos en la sociedad, especialmente en los tra-

bajadores. Por ese motivo, necesitamos una transición justa y planificar adónde queremos llegar. Debemos tener en cuenta, por ejemplo, qué cambios se deben realizar para el desarrollo del nuevo modelo y qué impacto tendrán esos cambios sobre el trabajo y las personas. Es necesario prepararse para minimizar los impactos de la transición hacia el nuevo modelo.

Además, ese nuevo modelo al que aspiramos no puede estar sujeto a los cambios abruptos tradicionalmente provocados por los ciclos electorales. En Brasil cada cuatro años puede ocurrir que un nuevo gobierno decida cambiar las concepciones y deje proyectos anteriores en el camino.

Es allí donde cumplen un rol fundamental la ampliación, el afianzamiento y la radicalización de la democracia en todos los espacios. Para que un modelo de desarrollo cuente con planificación y continuidad, buena gestión y transparencia, es preciso instaurar el control social sobre los proyectos que lo componen. El control social se dará mediante la presencia activa de representantes de diferentes sectores de la sociedad elegidos para la gestión y el control de los proyectos. Más que eso: la participación de estos actores sociales debe darse aun antes de comenzar cada proyecto, para definir prioridades, objetivos y público beneficiario.

Si no discutimos mecanismos claros para esa participación social en el diseño de los instrumentos, el seguimiento y el cumplimiento de las metas, corremos el riesgo de tener objetivos bien discutidos, buenas propuestas e in-

tenciones, pero no poder alcanzarlos. Esto requiere cambios de valores incluso en la propia administración del Estado. Se trata de definir qué tipo de Estado necesitamos para alcanzar nuestros objetivos. No podemos tener un Estado orientado solo al mercado. Debe dirigirse a las empresas, pero principalmente al ser humano, la calidad de vida y la justicia social. Debe tener nuevos parámetros para construir

un proyecto de desarrollo sustentable. En ese desafío, el movimiento social debe jugar un rol preponderante de exigir e impulsar el desarrollo de esa nueva cultura de control y participación social en el modelo de país que queremos. También el movimiento social debe participar en ese control como representante de la clase trabajadora, que es la mayoría.

Estos objetivos no pueden alcanzarse sin un amplio proceso de debate con los trabajadores. Otro ejemplo: la actual supremacía de la producción de vehículos individuales para el

traslado diario de personas. Es preciso planificar para que la empresa que fabrica automóviles comience a producir vagones, ómnibus e incluso autos eléctricos. Si dejamos que el mercado resuelva, lo hará a favor de las empresas y no de los trabajadores, la sociedad y la nación. En este punto entra nuevamente el rol del Estado, que debe ubicarse por encima de las disputas de la sociedad y señalar el camino.

Hablamos aquí de Estado y no de gobierno. Independientemente de cuál sea el gobierno, es necesario construir un espacio político de actuación para el movimiento social, para que tome decisiones que permitan alcanzar las

Es preciso planificar para que la empresa que fabrica automóviles comience a producir vagones, ómnibus e incluso autos eléctricos. Si dejamos que el mercado resuelva, lo hará a favor de las empresas y no de los trabajadores, la sociedad y la nación.

metas acordadas dentro del modelo de desarrollo sustentable. Un Estado fuerte es fundamental, pero con mucho control social.

Y respecto de la nueva clase trabajadora —una expresión más adecuada que la acuñada en Brasil por los medios de comunicación, «nueva clase media», para definir a los brasileños que han llegado al mercado de consumo—, que también queremos ver como partícipe de ese control social, la Central Única de los Trabajadores (CUT) y el movimiento sindical necesitan realizar un gran debate para los próximos 20 años, para discutir en profundidad los valores culturales que conlleva la transformación. Esa clase crecerá y reproducirá una mentalidad y una concepción neoliberales, con valores como el individualismo y el consumismo. ¿Lo privado es más importante que lo público? Tenemos el desafío de elevar la conciencia crítica de esos trabajadores. Es fundamental el desarrollo de valores como la solidaridad y la comunidad, basados en lo colectivo y no en lo individual. Necesitamos un proyecto estratégico de formación y educación que involucre la cuestión ideológica y la política a partir de los lugares de trabajo.

No obstante, tales cambios difícilmente puedan alcanzarse sin modificar la correlación de fuerzas en el mundo político-partidario. Por ese motivo, es imprescindible que Brasil enfrente el desafío de realizar una reforma política que quite al capital el gran poder que hoy tiene sobre el resultado de las elecciones y los mandatos de aquellos que fueron elegidos. Esa reforma tiene que basarse en dos pilares: la financiación exclusivamente pública de las campañas y el voto por listas.

La CUT, además de formular y presentar propuestas en los tres poderes para esa tarea, ha reclamado insistentemente la realización de un esfuerzo nacional para la reforma política. Con el fin de la financiación privada de las campañas, los candidatos que representan a sectores populares y a los trabajadores tendrán más posibilidades de competir y ser elegidos. El aumento del número de bancas autónomas con relación al capital es impor-

tante para respaldar e impulsar el proyecto de ampliar el control social sobre los destinos del país.

La reforma tributaria es otro cambio esencial para invertir la pirámide social brasileña y construir un modelo de desarrollo con nuevas prioridades. Actualmente, la carga tributaria en Brasil es semejante a la de países de economías de nivel similar al de la nuestra. El problema, por lo tanto, no es el volumen de los tributos, totalmente necesarios para sostener un Estado fuerte, sino la manera en que se distribuye la carga en la sociedad. Hoy quienes ganan menos pagan más y quienes ganan más pagan menos. Es necesario cambiar esas señales, y para ello es necesario llevar adelante una reforma tributaria.

Para ampliar su poder de influencia rumbo a estas conquistas, es preciso que el propio movimiento cambie. Por ello, la CUT continúa defendiendo la ratificación de la Convención 87 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) sobre la libertad y la autonomía sindicales. Perseguimos ese cambio desde nuestra fundación y creo que vivimos una coyuntura en la cual podremos consolidarlo. Por ese motivo, hemos emprendido una nueva campaña de comunicación para avanzar en este tema.

Es esencial derogar el cobro del impuesto sindical y sustituirlo por la contribución sobre la negociación colectiva, que será democráticamente aprobada en asamblea. Será un paso importante para incentivar a los sindicatos verdaderamente representativos, que realizan acciones sindicales, y desalentar la fábrica de sindicatos que existe en Brasil, que crea entidades en su mayoría sin representatividad ni capacidad de acción.

Para complementar este avance, será necesario legislar para combatir las prácticas antisindicales, para de ese modo consolidar la organización en los lugares de trabajo. Es decir, la presencia permanente y en cualquier momento de los sindicatos en el interior de empresas, entes, comercios y otros sectores de actividad.

En un intento por sintetizar el gran desafío de la CUT y del movimiento sindical brasileño para los próximos años, diría que nuestro objetivo se dirige cada vez más a entregar el poder a los trabajadores, aumentar el ingreso del trabajo en el PIB nacional, ampliar nuestra conciencia política y de clase e introducir

nuestra visión en las grandes decisiones nacionales. Junto con un Estado cada vez más fuerte y democrático gracias al control social —con participación de todos los sectores—, la meta es promover un modelo de desarrollo sustentable, con distribución del ingreso y superación de las asimetrías.

NISE JINKINGS	Os bancários brasileiros em face da finança mundial desregulada
RUDOLF TRAUB-MERZ JÜRGEN ECKL	El movimiento sindical internacional: fusiones y contradicciones
ROLANDO DÍAZ	Panorama sindical de Venezuela
KJELD JAKOBSEN	El monitoreo de las empresas multinacionales desde una perspectiva sindical
KJELD JAKOBSEN	O monitoramento de empresas multinacionais
FLAVIO BENITES	Los comités de empresa: ¿una estrategia para la acción del sindicalismo trasnacional en América Latina?
THOMAS GREVEN	Las normas sociales de los acuerdos comerciales y de inversión bilaterales y regionales
FLAVIO BENITES	Tendencias actuales de las relaciones laborales en Europa
ERNESTO MURRO	Seguridad social en América Latina y Cono Sur: mitos, desafíos, estrategias y propuestas desde una visión sindical
ÁLVARO CORONEL	Evaluación y perspectivas de la acción sindical en el Mercosur

